

EL SISTEMA POLITICO DE COREA DEL SUR: HISTORIA, DESARROLLO ECONÓMICO Y DEMOCRATIZACION

Alfredo Romero Castilla
Centro de Relaciones Internacionales
UNAM

Han transcurrido seis décadas desde aquel 15 de agosto de 1945, fecha que marca la derrota japonesa en la guerra del Pacífico y el final del proyecto expansionista de Japón sobre el continente asiático. Para Corea este hecho representó la bifurcación de su destino histórico que, en un lapso de cinco años, la hizo transitar por la liberación del yugo colonial, la ocupación de su territorio por los ejércitos de Estados Unidos y la Unión Soviética, la división nacional, el establecimiento de dos entidades políticas de signo contrario y una guerra civil.

El corolario de este último hecho fue la continuidad de la división política de la nación y la consecución de dos vías distintas de reconstrucción nacional. Los gérmenes de este desencuentro fueron, en primer lugar, la ausencia de una cohesión nacional, la única fuerza capaz de haber podido aglutinar a todas las tendencias de un movimiento nacionalista disperso y fraccionado. Esta fue la razón por la que no se pudo cumplir con la aspiración de formar una Corea libre e independiente. En este resultado, también contribuyó la ruptura de la alianza entre Estados Unidos y la URSS, potencias que se enfrascaron en una confrontación ideológico-estratégica; pugna que asumieron como propia los dos Estados coreanos recién fundados.

Vista de esta manera, la guerra civil iniciada en 1950 fue el último intento por lograr la reunificación política del país. Éste se malogró cuando las acciones bélicas llegaron a un callejón sin salida y al no haber vencedores ni vencidos, se optó por un alto al fuego firmado por un acuerdo de armisticio en 1953 suscrito por todas las fuerzas beligerantes con excepción de Corea del Sur. De esta manera se frustró la posibilidad de saldar la división del país y las secuelas de este hecho han dejado una profunda huella en la historia política de la Corea contemporánea. El itinerario seguido por los dos Estados coreanos, los ha llevado a superar los vestigios de su pasado colonial y despejado el camino para el desarrollo de un proceso de reformación que, en sus respectivas modalidades, constituyen dos ejemplos de transformación histórica.

Estos prolegómenos permiten comprender el carácter que revistió el sistema político y social en Corea del Sur, cuyas características más notables son el papel desempeñado por un Estado desarrollista autoritario, el que también ha sido definido como un régimen de industrialización burocrático-autoritario que ejerció un alto grado de control sobre la distribución del capital y de los mecanismos de planeación industrial. De esta manera, a partir de la década de los años setenta los diez más grandes consorcios industriales, los llamados chebol, lograron consolidar su situación como emporios económicos.¹ Pero este proceso de industrialización no sólo impulsó el desarrollo económico sino que también creó los gérmenes sociales que, a la postre, incentivaron un proceso de democratización.

¹ Mark T. Berger. *The Battle for Asia. From decolonization to globalization*. London & New York. Routledge-Curzon, 2004. p. 231

El estudio de esta transformación ha puesto mayor atención al desarrollo de la economía, en detrimento de la política. Se requiere entonces de un ejercicio de revisión de los diversos elementos que han convergido en la formación del sistema político sudcoreano para lo cual es necesario, en un primer momento, trazar una retrospectiva histórica que dé cuenta del legado político cultural de la Corea tradicional, del impacto que sobre éste tuvo la dominación colonial japonesa y por último, la divergencia de posiciones políticas manifestadas luego de la liberación que condujo a la división nacional primero, y a la construcción de un Estado autoritario después, que obstruyó el camino hacia la consolidación de un sistema democrático.

El punto de partida es el hecho de que la fundación de la República de Corea no implicó la ruptura con el legado autoritario del Estado tradicional. Este hecho se manifestó de inmediato en el proceso de la elección del primer presidente. Yi Seng-man, mejor conocido como Syngman Rhee, se valió de todo tipo de artimañas para lograr el poder; una vez en el cargo se comportó como un autócrata. Los excesos en los que incurrió lo llevaron finalmente a su caída. Esta coyuntura abrió la puerta a la hegemonía de los militares que vino a reforzar el carácter autoritario del sistema. No obstante, ellos junto con la burocracia y los empresarios, fueron los artífices de un modelo de desarrollo económico fundado en la simbiosis entre el gobierno y los grandes conglomerados industriales. Empero, el fuerte control social ejercido por los gobiernos militares, no pudo evitar el surgimiento de una conciencia social entre los sectores más sensibles de la población sudcoreana, quienes desde distintos frentes emprendieron una larga batalla por la democratización.

1. Las fuentes históricas del autoritarismo

La historia escrita de Corea se remonta a más de dos milenios. De entre esta larga trayectoria y para los efectos explicativos del presente texto merece destacarse el hecho de que a partir del siglo VI la sociedad coreana inició su existencia como un Estado autónomo y unificado, aunque siempre estuvo expuesto a las presiones de los pueblos vecinos, las que según algunos autores suman aproximadamente 900 invasiones. Este número es ciertamente impreciso porque no es posible rastrear todas las fuentes históricas que lo documenten, empero si hay evidencias de las incursiones de China, las correrías de otros pueblos vecinos y los ataques de los piratas japoneses.

De entre estas agresiones merecen destacarse las siguientes cinco agresiones extranjeras: 1. El establecimiento, en el año 108 de la era anterior, de cinco destacamentos militares chinos, el último de los cuales: Lolang, en chino y Nangnang, en coreano, duró cuatro siglos; 2. La dominación de los mongoles durante los siglos XII y XIV; 3. La invasión japonesa de 1592 a 1598; 4. La dominación colonial japonesa de 1910 a 1945 y 5. La ocupación de Estados Unidos y la URSS entre 1945 y 1948.²

En el siglo VII se comenzó a forjar un proceso de integración nacional fundado en un sentido de identidad étnica, la adopción de una misma lengua y la construcción de una cultura propia la que, empero, tuvo una fuerte influencia china a través de la ideología y la

² Ver. Gari K. Ledyard. "The Historical Necessity of Korean Unification –Past History-Present Imperatives-Future Prospects-," *Korea Journal of International Studies*. Vol. VI, No. 2, Spring 1975. pp. 39-51

instauración de las instituciones confucianas. El mayor auge de este influjo tuvo lugar durante la dinastía Yi (1392-1910) periodo en el que se estableció un sistema político jerárquico, autoritario y centralizado regido por normas morales que deberían ser observadas por toda la sociedad.³

En el sistema confuciano, la sociedad coreana era concebida como parte de un universo cultural, jerárquicamente organizado, a la manera de una gran familia, en cuyo seno cada individuo cumplía sus obligaciones de manera subordinada al jefe de familia. Orden y armonía eran los valores supremos de la conducta social y concomitantemente de la práctica política. En el caso de China, este modelo social no solo regía a las relaciones sociales internas sino también las externas a través de un sistema de relaciones tributarias. En este sentido, Corea debería respetar a China en virtud de su condición de hermano menor. El establecimiento de esta relación se remonta a la época de los Tres Reinos y fue definido por la expresión *sade*: “servir al más grande.”⁴

La estructura de este estado tenía una forma piramidal en la que el rey ocupaba la cúspide y desde ahí ejercía “el mandato del cielo,” investido de una autoridad moral que lo obligaba a gobernar con el ejemplo y a actuar con benevolencia. Los funcionarios gubernamentales, por su parte, debían a su vez ser ejemplo en su comportamiento y actuar también con benevolencia. Los elementos definitorios del ejercicio del poder eran la observancia de los deberes y obligaciones y la sabiduría emanada del conocimiento de los clásicos confucianos. La figura política por excelencia era la de un ser virtuoso y sabio que lo mismo cultivaba la poesía como el arte de gobernar.

En esta estructura vertical del Estado confuciano no hay lugar para la división de poderes porque el poder ejecutivo cubre todos los ámbitos de la vida social y en consecuencia, las decisiones emanadas de la autoridad deben aceptarse sin discusión, en observancia del *dictum* confuciano que impone al pueblo aceptarlas sin el menor reparo. En este sentido, no puede hablarse de un gobierno al servicio del pueblo sino más propiamente de una instancia que actúa por encima de él.

El carácter de esta tradición política sufrió una transformación con el establecimiento del régimen colonial japonés. La ideología confuciana y el estudio de los clásicos fueron abolidos, empero se mantuvieron la división jerárquica, la verticalidad en la toma de decisiones y se acentuó más el carácter autoritario. La vieja clase burocrático-intelectual fue reemplazada por una nueva élite de funcionarios japoneses con mentalidad colonial que ejercía un férreo control sobre la sociedad a través de un aparato represor.

Bajo la nueva administración se reorganizó la propiedad de la tierra, se modernizó la agricultura a través de nuevas técnicas agrícolas. El Banco de Corea se convirtió en el órgano regulador de la vida económica de la colonia y construyó la infraestructura necesaria para la industrialización. En el plano de las relaciones sociales la política colonial fundó un sistema judicial de carácter discriminatorio en el que los coreanos fueron tratados como ciudadanos de segunda clase. En resumen: el gobierno General de Chosen fungió como el órgano centralizador de la actividad económica colonial y de la opresión política.

La impronta dejada por las estructuras de esta administración colonial comprende un gobierno autoritario y excluyente; una multiplicidad de cuadros administrativos que

³ James B. Palais. *Politics and Policy in Traditional Korea*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1991

⁴ Keith Pratt & Richard Rutt. *Korea: A Historical and Cultural Dictionary*. The Quarrant Richmond, G.B, Curzon, 1999. p. 394

permitieron poner en marcha políticas estatales para la planeación y financiamiento de la industrialización y también un aparato represor, órgano encargado de someter a los trabajadores y al resto de la sociedad.

Todos estos elementos constituyen las bases del sistema burocrático-autoritario sobre las que posteriormente los regímenes militares erigieron el modelo de industrialización. En consecuencia, el autoritarismo es la característica principal del sistema político tradicional el cual fue reforzado por la administración colonial y continuado por los subsecuentes regímenes establecidos en Corea del Sur, en los que han persistido muchos de los rasgos del sistema político tradicional como son: la presencia de un orden jerárquico y una vocación autoritaria.

Bajo estas condiciones, difícilmente pueden estos gobiernos ser calificados como modelos de democracia porque en ningún momento dieron muestras de querer romper con el legado tradicional que bloqueaba las expresiones democráticas. Por tanto han seguido privando los orígenes familiares, regionales y escolares en la formación de las agrupaciones políticas.

No hay entonces partidos políticos en el sentido moderno. Estos son asociaciones formadas en torno a la personalidad de un líder a quien en todo momento se le debe lealtad. No hay en ellos plataformas políticas sino que funcionan más bien como coaliciones de grupos de interés. Al interior de estas organizaciones no se suscitan debates políticos porque no hay cabida para las voces discordantes. En el caso de que alguien osara plantear una posición distinta, sería descalificado y tildado de conspirador e *ipso facto* se convertiría en un enemigo sujeto de exclusión. Dicho de manera escueta, la cultura política opera en el reconocimiento de la autoridad, el respeto a las jerarquías y los acuerdos tras bambalinas.

2. Autoritarismo civil, irrupción de los militares y la construcción del modelo autoritario de desarrollo económico

La apretada descripción arriba esbozada permite afirmar que durante la mayor parte de los últimos cincuenta años, el sistema político establecido en Corea del Sur ha transitado penosamente del autoritarismo a la democratización. En esta última, han participado los sectores sociales más conscientes de la necesidad de avanzar hacia una transformación política en la que tengan plena vigencia los principios y la práctica de la democracia liberal: elecciones libres, división de poderes, la alternancia del poder y el libre juego de los partidos políticos.

En este sentido y visto en retrospectiva, resulta irónico que desde su fundación en 1948, el sistema político implantado haya sido calificado como “democrático” y publicitado dentro y fuera del país con la imagen de una rutilante estrella en el firmamento del llamado “mundo libre.” El hecho escueto es que, por un tiempo muy prolongado, el poder ha sido ejercido de manera autoritaria y las acciones gubernamentales se han realizado al margen de la voluntad de los ciudadanos. Dicho sin ambages, durante los primeros cuarenta años de su existencia, el sistema político surcoreano estuvo lejos de constituir un ejemplo de democracia según lo muestran los siguientes antecedentes.

Entre 1948 y 1960 el gobierno de la Primera República tuvo un marcado carácter autoritario. El Presidente Yi Seng-man, fue un autócrata que no supo entender la necesidad de encausar a una población recién salida de la dominación colonial, hacia la práctica de los

valores democráticos que decía enarbolar. La arbitrariedad de sus acciones, su avanzada edad y la intemperancia de su carácter, le impidieron realizar un proyecto económico que elevara los niveles de vida de la población y diera cabida a la participación ciudadana. Este autoritarismo y su empecinamiento por perpetuarse en el poder lo llevaron a dimitir forzado por una protesta estudiantil a la que se sumó la mayoría de las fuerzas sociales más conscientes del país.

La Segunda República establecida entre 1960-1961, abrió nuevos cauces con la adopción de un sistema parlamentario que permitió la expresión de las voces ciudadanas y aceptó abrir vías para encausar sus reclamos de participación política. Los estudiantes propusieron un encuentro directo con los estudiantes de Corea del Norte. Este último hecho fue el pretexto que utilizaron los militares para justificar su alzamiento. El primer ministro, Chang Myon, fue depuesto por un golpe de Estado encabezado por el general Park Chung-hee, quien puso en práctica una estrategia modernizadora que hizo del Estado la clave para llevar a cabo la consecución de los planes económicos cuyos objetivos fueron cumplidos a la manera de ordenanzas militares.

A más de veinticinco años del fin de su régimen político, Park resulta una figura contradictoria. Por un lado es el creador de la transformación económica de Corea del Sur pero por otro, figura como el principal obstáculo para la implantación de un sistema democrático debido a su autoritarismo y las políticas represivas que ejerció. En efecto, la nada invisible *manu militari* con la que condujo al país fue revistiendo día con día un carácter cada vez más autoritario hasta llegar a su clímax en 1973, con la promulgación de la llamada Constitución *Yushin* (Renovación) que además de afirmar el autoritarismo y la presión buscaba asegurar su permanencia indefinida en el poder. El descontento fue combatido con una mayor represión.

El final llegó con su muerte en 1979 pero este hecho no condujo a la democratización sino a otro régimen represivo que duró de 1980 a 1987. El nuevo hombre fuerte, surgido también de las fuerzas castrenses, fue el general Chun Doo-hwan. El descontento popular, no decayó, las protestas sociales continuaron y alcanzaron su clímax con el levantamiento de la población de ciudad de Kwangju, en la provincia de Cholla, el cual le dio a Chun el pretexto para declarar la ley marcial, obteniendo así la excusa que le permitió el despacho de fuerzas para acallar a sangre y fuego las voces de protesta de una población inerme en mayo de 1980.⁵ Esta masacre ignominiosa le permitió a Chun asumir el control del poder y continuar la política económica iniciada por Park y por el momento logró acallar las demandas de democratización, pero no sería por largo tiempo.

En resumen durante estos primeros treinta y cinco años la democracia fue una aspiración frustrada. Con excepción del efímero interludio de apertura durante el gobierno de la Segunda República, los sucesivos regímenes militares ejercieron el poder valiéndose de toda suerte de prácticas contrarias a la democracia: manipulación de las elecciones, represión sistemática contra los opositores y la recurrencia frecuente al recurso de enmendar la constitución, con el fin de asegurar la permanencia del control del poder por los militares.

Sin embargo, el aumento de la represión no inhibió el surgimiento de las demandas de democratización. Desde 1970 se comenzó a conformar un movimiento social de

⁵ Ver. Le Jai-eui. *Kwangju Diary: Beyond Death, Beyond the Darkness of the Age*. Los Angeles, University of California, 1999 y Journalists Association of Korea. *Kwangju in the Eyes of the World*. Seoul, The Moo-Deung Ilbo, 1997

combatividad política denominado *minjung* (el pueblo), término genérico que implica la concertación de una alianza entre los marginados de los beneficios del desarrollo económico cuyas ideas impulsaron un creciente movimiento en contra del autoritarismo gubernamental.⁶

El Estado desarrollista autoritario y el desfase entre el desarrollo económico y el político

En los últimos sesenta años, Corea del Sur ha hecho el tránsito de una sociedad agraria a otra una industrial que la ha convertido en una de las economías más pujantes del sistema capitalista. El dinamismo que ha caracterizado a este proceso ha sido considerado sin parangón en la historia mundial. Las explicaciones que se han apuntado han sido de muy variada índole: la presencia de una fuerza de trabajo disciplinada y educada; la planificación gubernamental; la ayuda brindada por Estados Unidos; el legado modernizador de la política colonial de Japón; la persistencia de elementos de la cultura premoderna, en particular, los valores políticos y las instituciones tradicionales del confucianismo.

Varias de estas interpretaciones remiten a considerar las dos perspectivas de análisis que han dominado la explicación de este proceso de desarrollo económico y el papel que en él ha jugado el Estado. De acuerdo con Stephen Haggard y Chung-in Moon,⁷ la primera corresponde a la visión neoclásica según la cual los logros económicos son resultado de una política orientada hacia el mercado. A este respecto, el punto clave de esta interpretación del desarrollo económico fue el camino emprendido a principios de los años sesentas hacia una economía de exportación a través de una serie de reformas llevadas a cabo por el Estado sudcoreano que crearon las bases para un modelo de economía exportadora: estabilidad macroeconómica, un realista de tipo de cambio y una selectiva liberalización comercial permitieron a las industrias surcoreanas exportar manufacturas de producción de trabajo intensivo. Por otro lado, las altas tasas de interés permitieron captar el ahorro y abrieron la puerta para atraer inversión extranjera directa.

Por el contrario, la segunda perspectiva pone un mayor énfasis en el marco institucional y las estrategias puestas en práctica por el Estado. De esta manera, el crecimiento de las exportaciones fue resultado de la interacción entre una política industrial y una vinculación estrecha entre el Estado y el sector privado. En consecuencia la construcción de este modelo de desarrollo económico se fincó sobre dos grandes pilares: El Estado y los *chebol*, los grandes conglomerados industriales, prohijados por las políticas gubernamentales.

Sin embargo, el panorama sobre la interpretación del proceso de desarrollo económico de Corea del Sur, arriba esbozado, plantea un embrollo teórico que llevó, por un lado, a presentar a la experiencia surcoreana como el triunfo de las políticas de libre comercio y por otro, como el modelo de un capitalismo dependiente fundado en la alianza de los conglomerados industriales internos con las fuerzas transnacionales.

⁶ Ver Hagen Koo. "The State, *Minjung*, and the Working Class in South Korea." En Hagen Koo (Ed.) *State and Society in Contemporary Korea*. Ithaca and London, Cornell University Press, 1993. pp. 51-52

⁷ Stephen Haggard & Chung-in Moon. "The state, Politics and Economic Development in Postwar South Korea." En Hagen Koo. Op. cit. pp. 131-162

Ninguna de ambas explicaciones ofrece una correcta interpretación. Quienes subliman la idea de que este fenómeno es un triunfo del libre comercio, olvidan que a lo largo de su trayecto la economía sudcoreana no ha sido abierta y por tanto el despliegue comercial puesto en práctica no es por sí mismo indicio de liberalización. Se debe poner atención a la forma como se construyó este modelo económico porque en él han convergido: la sustitución de importaciones, la protección arancelaria, el control de la inversión extranjera y una relativa independencia financiera que la permitió captar recursos externos sin menoscabo de la capacidad de pago. El papel del Estado fue decisivo para dirigir y controlar el proceso, lo cual le hizo posible marcar las pautas de la política de industrialización y asignar de manera selectiva las fuentes de financiamiento. De esta manera, se favoreció la formación de capitales nacionales y el fortalecimiento de los grandes conglomerados, los que a la postre, pudieron convertirse en un contrapeso al influjo de las compañías transnacionales.

Dicho de otra manera, la interpretación del desarrollo industrial, del incremento a las exportaciones y del avance tecnológico plantea una contradicción. Por un lado puede considerarse que la economía de Corea del Sur impulsada por el Estado desarrollista autoritario presenta un grado de dependencia en términos de la conducción de las relaciones comerciales; mientras que por otro, se observa un cierto grado de independencia porque las políticas puestas en marcha lograron mantener el control de la productividad

De todo lo mencionado hasta ahora se desprende la necesidad de establecer una visión más comprensiva del proceso de transformación de Corea del Sur que incorpore el hecho indiscutible de que la pauta seguida por las políticas estatales fue posible gracias a la creación de un imaginario colectivo que contribuyó a forjar la autodeterminación nacional.. En este sentido, el Estado desarrollista autoritario tuvo la capacidad de controlar el ritmo y las metas de la producción así como de los términos de intercambio, pero también la de de imbuir en la población la conciencia de trabajar para cumplir con las metas de la producción. En consecuencia, estos resultados no son de ninguna manera fortuitos ni mucho menos prodigiosos porque las fuentes de las que emanaron no son exclusivamente económicas, sino que también comprenden un conjunto de elementos políticos, ideológicos y culturales.

En este sentido, las acciones de este Estado desarrollista autoritario descansaron en una política de seguridad nacional cuyo objetivo era la contención del comunismo que implicaba una competencia con la sociedad establecida en la parte norte de la península. Por tanto era primordial vital apuntalar el crecimiento de los grandes conglomerados para lo cual debería ejercerse un estricto control sobre los trabajadores. A continuación debe mencionarse una conjunción entre determinados hechos históricos con valores culturales e ideas nacionalistas. En lo relativo a la ética confuciana la piedad filial que debe regir la relación padre-hijo se trasladó al ámbito de la producción para infundir en los empleados el deber moral de engrandecer a su compañía, cuyos logros forman parte un vasto proyecto de bienestar nacional. De esta manera se equipara el vínculo entre empleado y empresa al que hay entre el ciudadano y el Estado.⁸ Ésta y otras ideas confucianas, el anticomunismo y el militarismo, sirvieron para afirmar el orden jerárquico que es el genera la armonía social. Si bien la respuesta a estos incentivos fue generalizada también hubo sectores

⁸ Roger L. Janelli & Dawnhee Yim. *Making Capitalism. The Social and Cultural Construction of a South Korean Conglomerate*. Stanford, Ca. Stanford University Press, 1993. Citado por Mark. T. Berger. Op. cit. p. 232

sociales que no los aceptaron y emprendieron el camino de la lucha por la reivindicación social y política.⁹

Se trata entonces de la batalla por la democratización, rubro olvidado por el Estado desarrollista autoritario. La relación simbiótica establecida entre el gobierno y los grupos empresariales que tan redituable fue para la consecución de los logros del desarrollo económico, representó un obstáculo para la construcción de un sistema político de genuino corte democrático, provocando un desfase entre la transformación económica y los cambios políticos que fueron relegados.

A este respecto, no debe olvidarse que la concentración económica ejercida por el binomio gobierno-empresas resultó perniciosa para la vida social porque prohibió disparidades sociales expresadas en: la limitación de los derechos de los obreros; la contracción de los salarios, el acceso privilegiado a las fuentes más importantes de financiamiento en detrimento de las empresas medianas y pequeñas; un desfase interregional en las políticas de desarrollo que concedió mayor importancia a unas regiones en perjuicio de otras.

Sobre este último hecho, el ejemplo más patente se encuentra en la región oriental de la península coreana, en la provincia de Kyongsang, la que casualmente es el lugar de nacimiento de los dirigentes políticos que impulsaron el establecimiento de los centros industriales más dinámicos que contrasta con la zona sudoccidental, en particular la provincia de Cholla, que por largo tiempo fue relegada de los programas de desarrollo. No sorprende entonces que esta región haya sido el asiento de movimientos de protesta y de oposición al gobierno de los militares.

Esta ausencia de correspondencia entre el avance económico y la modernización política ha sido la tónica dominante que marcó el curso seguido por la historia política surcoreana hasta la década de los ochentas. Después de esos años, los obreros empezaron a desplegar una mayor combatividad a la que se les unió después el sector de los trabajadores de cuello blanco. Estas y otras voces de protesta incrementaron las demandas de democratización que pusieron en jaque al régimen de Chun Doo-hwan quien terminó por aceptarlas, iniciándose así un proceso de transición democrática que condujo al desmantelamiento del régimen autoritario, al retorno de los presidentes civiles y a la alternancia en el poder.

Esta primera acción fue el prelude de la transición hacia un periodo de liberalización política durante el cual se pretendió dar solución a la crisis de legitimidad que rodeó el final del régimen de Chun. A continuación siguió un periodo de transición en el que se reemplazó al régimen autoritario por una forma de gobierno democrático emanado de una competencia electoral abierta y la participación ciudadana en unos comicios libres que permitieron la elección de un gobierno civil. Este hecho marca la afirmación del ejercicio de las prácticas democráticas como una garantía de que en el futuro no se volverá a recurrir a medios viciados para lograr y mantener en el poder.

2. Crisis de legitimidad: el prelude del desmantelamiento de un régimen dictatorial

⁹ Idem.

Como ya ha sido señalado, el rechazo a la imposición de las medidas “renovadoras” del sistema *Yushin* abrió un amplio frente de resistencia civil que se acrecentaría después del golpe encabezado por Chun Doo-hwan. En este movimiento tuvieron un papel destacado grupos religiosos ligados a las iglesias cristianas, católica y protestante, los estudiantes y Kim Dae-jung y Kim Young-sam, las figuras más prominentes en el campo de la oposición, quienes convocaron todas las fuerzas sociales para formar una gran alianza opositora.

El éxito logrado por este movimiento apareció reflejado en una encuesta de opinión levantada por la Universidad Nacional de Seúl en mayo de 1987 y publicada en el periódico *Hankook Ilbo* del 9 de junio de ese mismo año. De las respuestas dadas por el público se desprende que un 85.7% de los encuestados pertenecientes a la clase media tenía una mayor inclinación hacia el respeto a los derechos humanos que hacia el desarrollo económico. Esta opinión mayoritaria explica la razón principal por la que las manifestaciones de protesta se multiplicaron por doquier demandando la democratización y una reforma política que aboliera la disposición consagrada en la Constitución *Yushin* en relación con el sistema de elección presidencial, la cual debería hacerse de manera indirecta, a través de un Colegio Electoral.¹⁰

En un principio Chun fue renuente a aceptar el clamor popular pero la presión de las protestas lo persuadió de aceptar la enmienda constitucional. No obstante, inopinadamente el 13 de abril de 1987, declaró que cambiaba de opinión y en un último intento por mantener la continuidad del régimen militar, anunció el 2 de junio de 1987, que había nombrado al General Roh Tae-Woo como su sucesor. Esta decisión fue presentada para su ratificación en una convención del partido en el gobierno celebrada el 10 de junio, en ella el 99 % de los 7,309 delegados aplaudieron la decisión y recomendaron que el candidato designado fuera formalmente reconocido por el Colegio Electoral. Ese mismo día la batalla política se recrudeció al formarse el Movimiento Popular por una Constitución Democrática que exigió la reforma de la Constitución para permitir la elección directa del presidente así como otras reformas democráticas.¹¹

Las protestas se acrecentaron hasta alcanzar un número sin precedente que terminó por cercar a Chun, quien no tuvo más opción que dar marcha atrás en su propósito de darle continuidad del régimen. En el único punto que éste no cedió fue en la persona del candidato designado. Sin embargo, en una maniobra por acallar el estruendo de las voces disidentes, Roh Tae-woo, hizo una propuesta en la que asumió el compromiso de impulsar la reforma democrática. Se trata de un documento de ocho puntos conocido como la Declaración del 29 de junio de 1987 cuyo contenido es el siguiente:

1. Adopción de un sistema de elección directa del Presidente.
2. Revisión de la Ley para la celebración de elecciones presidenciales.
3. Amnistía y restitución de sus derechos civiles a los disidentes políticos con una referencia expresa a la persona de Kim Dae-jung.
4. Consagración en la nueva Constitución de los derechos fundamentales de los ciudadanos.
5. Una nueva Ley que garantice la libertad de prensa.
6. Reconocimiento a la autonomía de los consejos locales y las universidades
7. Establecimiento de un clima de diálogo como base fundamental para el desarrollo democrático.
8. Reformas sociales que garanticen el bienestar y la seguridad de la sociedad.

¹⁰ John Kie-chang Oh. *Korean Politics*. Ithaca and London. Cornell University Press, 1999. pp. 89-91

¹¹ *Ibidem*. p. 91

En los dos primeros puntos se reconocía plenamente la demanda ciudadana y se aceptaba la reforma de la Constitución para establecer el sistema de elección directa del presidente y la concomitante reestructuración de los procesos electorales. En el tercero la referencia expresa a la persona de Kim Dae-jung contenía el designio oculto de dividir a la oposición. La intención Roh y Chun de hacer un reconocimiento a la trayectoria opositora de Kim Dae-jung como líder de oposición, era proyectarlo como virtual candidato a la presidencia con miras a enfrentarlo con Kim Young-sam quien también aspiraba a esa candidatura. En el cuarto punto Roh reconocía el restablecimiento de los derechos que sus antecesores habían conculcado. El quinto simplemente proponía abolir la ley decretada por Chun de prohibir la libertad de prensa. El sexto reivindicaba en su primera parte un derecho consagrado desde la Constitución de 1948 que Park había conculcado. En lo relativo a la educación se eliminaba el control que el Ministerio de Educación ejercía sobre los programas de docencia y la vida académica de las universidades. En el séptimo Roh se convertía en el principal impulsor del diálogo en pro de un auténtico sistema de partidos. Finalmente, en el octavo se reconocía el reclamo popular en contra de la corrupción política y hacía la promesa de propugnar por una sociedad ‘limpia y honesta.’¹²

El cumplimiento de estos propósitos fue efectivo en el caso de la celebración de las elecciones presidenciales por voto directo, la reivindicación de Kim Dae-jung y el establecimiento de una plataforma política democrática la que, una vez legitimada por los líderes de oposición, constituyó efectivamente el principio de una auténtica apertura política.

El propósito velado contenido en el tercer punto también se cumplió. La oposición se dividió al no lograr un consenso sobre quien debería ser el candidato de la oposición. Kim Dae-jung y Kim Young-sam compitieron cada quien por su lado y este desacuerdo imposibilitó la creación de un frente opositor unificado y el triunfo fue para Roh Tae-woo. A pesar de ello, el resultado de estas elecciones representó un primer paso hacia la transición democrática, si por ello se entiende únicamente el hecho de haber realizado un proceso electoral con una competencia abierta y que se haya garantizado el respeto a los derechos de libertad de expresión, de reunión y de organización ciudadana. Todos estos elementos dieron pie para que Roh pudiera vanagloriarse de haber sido el verdadero artífice que levantó las bases de un verdadero sistema democrático liberal.

No obstante, puede afirmarse sin reticencia que gracias a estas iniciativas Corea del Sur pudo transitar hacia una etapa de cambio que abrió la puerta para el establecimiento de un incipiente pluralismo político que garantizó además la participación de la población, la libertad de prensa y de organización de los trabajadores. Pese a estos indicios ciertamente loables, el gobierno de Roh falló en la erradicación del autoritarismo porque al igual que sus antecesores, concentró el poder en su persona y continuó con las mismas prácticas corruptas.¹³

Este fue su yerro más grave porque resultó ser el presidente más perverso, corrupto y amoral que haya habido en los anales de la historia política surcoreana, debido al hecho de sobra conocido de exigir las llamadas “donaciones políticas” que

¹² Ibidem. pp. 99-101

¹³ Kim Ja Youl.. “Democratization of South Korea.” En James Cotton (Ed.) *Korea under Roh Tae-Woo: Democratization, Northern Policy and Inter-Korean Relations*. Canberra, Allen & Unwin, 1993. pp. 42-45

el presidente en persona solía demandar a los dueños de los conglomerados industriales, las cuales sumaban cuantiosas cantidades de dinero.¹⁴

Si bien la construcción de esta fachada democrática logró afirmar, una vez más, el poder de los militares también hizo ostensible el hecho de que esta situación ya no duraría mayor tiempo. El camino se había allanado para que en el futuro madurara la posibilidad de establecer un gobierno civil. Frente a esta encrucijada hubo diversos escarceos en el frente opositor en torno al futuro de la política y el tipo de régimen que debería establecerse. La incógnita se despejó de manera abrupta cuando inopinadamente, Kim Young-sam anunció que abandonaba las filas de la oposición para afiliarse al bando de Roh. Este viraje le permitió incrustarse en las esferas del partido en el poder con el propósito de poder convertirse en candidato para las siguientes elecciones, meta que finalmente logró, al lograr el triunfo en las elecciones de 1992. Con esta victoria la oposición surcoreana entró en una nueva etapa de su existencia, en la que paulatinamente fue dejando de lado la combatividad para empezar a trazar estrategias que le permitieran alcanzar el poder.

4. El arribo de los civiles al poder

De todo lo anteriormente señalado, se infiere que el rápido crecimiento económico y los cambios sociales que éste dio lugar terminaron por conducir al ocaso del estado desarrollista autoritario en 1987. A este fenómeno también contribuyeron las demandas hechas por algunos sectores internos en pro de la liberación política y económica las cuales ya no podían continuar separadas la una de la otra.

Kim Young-sam el primer *mun min*, presidente civil, luego de treinta años de hegemonía de los militares, asumió el poder convencido de que tenía la responsabilidad histórica de transformar a Corea del Sur. Así lo planteó en su lema de campaña “Construir una *shin Hanguk*,” una nueva Corea. El cumplimiento de esta aspiración puso la mirada en los cambios mundiales y trazó un proyecto de inserción en la globalización, *segyehwa*, convirtiéndola en el eje sobre el que giraron sus propuestas de cambio, las que empero no lograron avances significativos.

La idea de convocar a la construcción de un nuevo implicaba replantear la reforma democrática que hasta ese momento estaba lejos de haber sido iniciada debido a que el triunfo de Roh, en 1987, sólo representó la ocasión de conducir un proceso electoral abierto, que en sentido estricto, no representa por sí mismo un auténtico tránsito a la democracia. De hecho, fuera de la reforma del sistema electoral y los mecanismos que permitieron la participación ciudadana, continuaron las prácticas nocivas que desde siempre han caracterizado al sistema político surcoreano.

El cambio de régimen requería impulsar la democratización la cual se frustró debido a los tropiezos de la economía. El gobierno de Kim Young-sam terminó en un desencanto generalizado a causa de la crisis financiera de 1997 y por el recurso adoptado para paliarla: los programas de rescate económico impuestos por el Fondo Monetario Internacional. A este clima de pesadumbre habría que agregar también que durante esta administración

¹⁴ John Kie-Chiang Oh. Op. cit. p. 101

tampoco hubo avances en la lucha contra la corrupción, la reforma del sistema político y el fortalecimiento del estado de derecho.

Sería prolijo referirse al fenómeno de la corrupción porque éste ha constituido una constante histórica que se remonta a la Corea tradicional, legado del que no han podido deshacerse los distintos regímenes habidos en Corea del Sur después de la liberación. Hoy como ayer siguen teniendo vigencia las palabras escritas por James Palais, en el sentido de que esta práctica constituye “un problema institucional y no moral.”¹⁵ Se trata de un mal necesario que antaño permitió sostener el sistema de privilegios detentado por la clase aristocrática de los *yangban* y, en la época contemporánea, ha sido el elemento que ha permitido la existencia de ese vínculo estrecho entre los grupos de poder económico y los círculos políticos.¹⁶

Kim Young-sam, al igual que sus predecesores empezó su gobierno manifestando su firme intención de enfrentar el reto que plantea la corrupción. Así lo expresó en una entrevista que le hizo la Revista *Far Eastern Economic Review*, en junio de 1993 cuando dijo que estaba totalmente dispuesto a “romper con el viejo hábito de ofrecer dinero a los funcionarios públicos.” En sus inicios, la campaña emprendida perseguía el propósito de buscar la erradicación de los vestigios de autoritarismo y corrupción heredados de los treinta años de dictadura militar. Entre las medidas que se tomaron figuran: la obligación de los funcionarios públicos de declarar sus bienes, la dimisión forzada de 42 miembros de la cúpula militar acusados de haber comprado sus promociones, la promulgación de una nueva legislación electoral y la abolición del secreto bancario con el fin de hacer claras las transacciones financieras.

Su acto más espectacular fue sin duda haber sometido a proceso acusados de actos de corrupción a sus dos predecesores: Roh Tae-woo y Chun Doo-hwan el primero acusado de haber instigado el levantamiento militar de diciembre de 1979 y el segundo por ser el principal responsable de la masacre de Kwandyu del 18 de mayo de 1980. El llamado “juicio del Siglo” marcó un hito en la historia política de Corea del Sur porque también se procesó a otros trece generales y a nueve miembros prominentes de los chebol.

Por lo que respecta a la reforma política, ésta tampoco logró avanzar debido a que los asuntos políticos siempre estuvieron supeditados a los requerimientos del crecimiento económico. Naturalmente que la conducción abierta y libre de los comicios presidenciales representa en sí un logro, pero este único elemento del proceso de ninguna manera es una muestra fehaciente de la implantación de la democracia. Para que haya avance, es necesario remontar el ámbito formal de la participación en las elecciones y buscar la participación más amplia de los distintos sectores de la sociedad. Desde este ángulo, resulta evidente que no es el gobierno el único actor sobre el que recae la responsabilidad de trabajar por un proyecto de cambio social, sino que también se requiere del concurso de otros sujetos capaces de crear y fortalecer un sistema en el que se respeten la dignidad, los derechos y los intereses de toda la población.

El 4 de marzo de 1994 la Asamblea Nacional aprobó un paquete de reforma electoral que estableció reglas generales para la conducción de las elecciones, se pusieron límites a

¹⁵ James B. Palais. *Politics and Policy in Traditional Korea*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1991. pp. 41-42

¹⁶ Ver. Mark L. Clifford. *Troubled Tigre. Businessmen, Bureaucrats, and Generals in South Korea*. New York- London, M-E. Sharpe, 1994; Frank Gibney. *Korea's Quiet Revolution. From Garrison State to Democracy*. New York, Walker and Company, 1992 y Martin Hart-Landberg. *The Rush to Development. Economic Change and Political Struggle in South Korea*, New York, Monthly Review Press, 1993.

los gastos de campaña y se acordó conceder la autonomía a los gobiernos locales, suspendida a raíz del golpe de estado militar de 1961. El aspecto tal vez más importante fue la tipificación de los delitos electorales, la penalización de los transgresores con sanciones monetarias, previéndose incluso la suspensión de sus derechos políticos.

Si bien estas medidas constituyen un avance en el proceso democratizador, faltaba todavía establecer los mecanismos que garantizaran una mayor participación ciudadana. A este respecto debe recordarse que, en términos generales, el carácter autoritario del Estado bajo la férula de los militares impidió la expresión de una conciencia política que reflejara el sentir de la sociedad. No obstante, tampoco debe olvidarse que a lo largo de todo ese tiempo hubo voces de protesta de diversos grupos sociales que pugnaron por la democratización.

En este sentido, no sería exagerado afirmar que las iniciativas de reforma política propuestas por Kim Young-sam recogieron las demandas que por muchos años manifestaron, contra viento y marea, todos aquellos grupos organizados de estudiantes, religiosos e intelectuales. El siguiente paso requería de acciones que fueran más allá del reclamo de pluralismo político y el perfeccionamiento de los mecanismos de participación electoral para abordar los problemas de la injusta distribución de la riqueza y la marginación social, cuestiones que también incluyen el reconocimiento de los derechos de las mujeres, el mejoramiento de la calidad de vida y el respeto a los derechos humanos.¹⁷

Para el cumplimiento de esta empresa se requería de un grupo de políticos capaces de conducirla, pero ello planteaba una gran dificultad porque la mayoría de los políticos profesionales no están exentos de haber tenido vínculos muy estrechos con el antiguo régimen. Asimismo, entre la oposición tampoco había personalidades con suficiente capacidad. La nueva generación de políticos de oposición no posee la prestancia y el arraigo de aquellos que hicieron posible el desarrollo económico. Este era el mayor dilema que conllevaba el riesgo de que de no lograrse avances democráticos este fracaso repercutiera en la continuidad de los logros alcanzados por el desarrollo económico.¹⁸

Se imponía entonces la necesidad de superar ese estado de catarsis para romper con las prácticas del pasado y esta es la razón por la cual se decidió proceder al juicio de los dos ex-presidentes y los demás acusados de corrupción.

Este último punto merece ser subrayado porque esta sentencia ha sentado un precedente que puede contribuir a poner fin al contubernio que por largos años ha privado entre políticos y empresarios, el cual para que fructifique necesita establecer las bases de una nueva ética en la conducción de los negocios. Así lo escribió en el Tong-A-Ilbo el profesor de la Universidad Yonsei, Jung Ky-hyun quien considera que esta ética debe fundarse en la revisión, por parte de los empresarios, de sus conductas pasadas con el fin de crear la conciencia de que no deben continuar incurriendo en prácticas de corrupción.

Para este efecto, se discutió el establecimiento de un marco institucional en el que los cinco conglomerados más grandes se comprometían a poner en práctica un nuevo sistema de administración integrado por profesionales, que rompa la inercia que privilegia la hegemonía del jefe y de paso a la responsabilidad compartida por todos los gerentes. Asimismo deben eliminarse todas aquellas compañías que muestren no tener

¹⁷ Shim Yoon-chong. "Dynamics of Social Movement for Reform". *Korea Focus on Current Topics*, septiembre-octubre de 1994, p. 64

¹⁸ Hahm Chai-bong. "The Future of Korean Political Drive". *Korea Focus on Current Topics*. Enero-febrero de 1996, pp. 9-10

competitividad, porque de ahora en adelante, las industrias surcoreanas deberán orientarse hacia proyectos cada vez más especializados. Pero ante todo, debe prevalecer la conciencia sobre la necesidad de eliminar el pago de sobornos; las industrias deben asumir un genuino comportamiento ético.¹⁹

Concomitantemente a esta cuestión hay otro aspecto del sistema político surcoreano que no es ajena al vínculo simbiótico entre políticos y hombres de negocios: la fuerza hegemónica ejercida por la llamada ‘mafia de Kyongsangdo’ la élite provincial que ha detentado el poder por más de tres décadas. A este sector pertenecen no sólo los últimos cuatro gobernantes de Corea del Sur sino también los catorce inculcados menores y los miembros de los cuadros políticos más prominentes.

El predominio regional que ha ejercido la provincia de Kyongsang se inició en la era de Park y continuó con los gobiernos de Chun y Roh y ha tenido efectos tanto económicos como políticos que han dejado una secuela de enfrentamientos y rivalidades entre ésta y la provincia de Cholla. Los enfrentamientos entre estas dos provincias ha sido una constante y por esta razón se esperaba que Kim Young-sam, aunque oriundo de Kyongsang, adoptara un cambio de actitud frente a las querellas provinciales y, que por tanto, mostrara sensibilidad política a la hora de nombrar a sus colaboradores y no utilizara criterios de favoritismo regional. En un principio así procedió, pero pronto cambió de opinión cuando al hacerse públicos los actos de corrupción en los que incurrió el gobierno de su antecesor, aparecieron indicios de que él no estaba exento de haber recibido donaciones pecuniarias y entonces procedió a formar un frente con políticos originarios de su solar natal, el puerto de Masan, en un desesperado esfuerzo por construir un bloque de autodefensa.²⁰

Sin embargo, el resentimiento acumulado por la población de Cholla que siempre se ha sentido relegada del reparto del poder político y económico, aunada la masacre de Kwandyu ordenada por los militares golpistas son hechos que están presentes en la gente de la provincia de Cholla. Por tal razón suelen votar en bloque por los candidatos propuestos por su líder provincial, Kim Dae-jung. Éste llegó incluso a hacer una propuesta de establecer mecanismos para buscar ‘un equilibrio regional de poder,’ la cual fue interpretada como un mensaje para acabar con la primacía de Kyongsangdo y hacer rotativa la presidencia entre las provincias.²¹ Esta es la otra cara de la sociedad surcoreana, donde si bien no puede hablarse de discriminación étnica o religiosa, si ha habido históricamente fisuras motivadas por las rivalidades regionales que también han afectado la vida política.

3. La crisis del modelo desarrollista autoritario, el ascenso y ocaso de un candidato opositor y el cambio generacional

¹⁹ Jung Ku-hyun “Time to End Politics-Business Collusion”. *Korea Focus on Current Topics*. Voil. 3, No. 6, noviembre-diciembre de 1995. pp. 122-123

²⁰ Ibidem. pp. 19-20

²¹ Ibidem. p. 19

En 1997, la transición a la democracia en Corea del Sur aparecía como un proceso inconcluso. El paso por la presidencia de Kim Young-sam marcó el retorno de los civiles y la concomitante supresión de la influencia política de los militares. No obstante, sus iniciativas democráticas quedaron en entredicho al aparecer él mismo, uno de sus hijos y algunos de sus colaboradores involucrados en actos de corrupción

Pero las causas de este fracaso no sólo son imputables a él sino también a ciertos factores estructurales y culturales de la sociedad surcoreana. En primer lugar al hecho de haberse rodeado de políticos conservadores quienes no vieron con simpatía las reformas propuestas. En segundo, la propia estructura del Estado la que a pesar de que da la impresión de que el sistema presidencialista es fuerte, en realidad no es así, porque en el funcionamiento del sistema la burocracia juega un papel muy importante en la conducción de los asuntos políticos. Este aparato lo mismo puede actuar a favor como en contra de cualquier decisión emanada del ejecutivo. Kim terminó siendo rehén de este círculo burocrático. En tercer lugar, el abandono temprano de sus partidarios al acercarse término del mandato de cinco años; pero el factor tal vez más significativo es la ausencia de un verdadero sistema de partidos.²²

De igual manera, la transición democrática no generó los cambios culturales necesarios que pudieran haber impulsado la democracia: la civilidad, la eficacia, la observancia de la ley y la tolerancia. Las relaciones políticas continuaron siendo rígidas porque tendieron a seguir fincadas en la lealtad al origen regional y las relaciones construidas en los años de escuela. El faccionalismo y el regionalismo se agudizaron lo cual permitió que algunos dirigentes los manipularan para lograr beneficios en su favor. Dicho de manera sucinta: Kim Young-sam terminó siendo víctima de sus propios fantasmas democratizadores.

Lugar aparte merece señalarse la incapacidad de Kim para entender el deterioro sufrido por la economía a la que quiso insertar en la globalización sin percatarse que ésta difícilmente podría servir de guía a su gobierno. La inconsistencia de su programa económico quedó evidenciada en la manera precipitada como se abrieron algunos sectores, los cuales quedaron a la deriva y terminaron por acelerar la crisis financiera de 1997.

La crisis vino a ejercer una mayor presión para la liberación económica la que, empero, se enfrentó a la expresión de un sentimiento nacionalista y la raigambre de los viejos mecanismos de operación establecidos por el Estado desarrollista. El préstamo del Fondo Monetario Internacional por 58 mil millones de dólares estuvo condicionado a la puesta en marcha de medidas de austeridad y reformas. También se impusieron otras condiciones como el establecimiento de nuevos procesos de reglamentación, el achicamiento de varios bancos e instituciones financieras y la concomitante liberación del mercado de capitales. Por si todo esto no fuera suficiente, el Fondo también exigió la privatización de las empresas públicas y el desmantelamiento de los grandes consorcios. Asimismo también hizo recomendaciones para flexibilizar el mercado laboral.

En medio de estas presiones llegó al poder el execrado líder opositor, Kim Dae-jung, hecho que significó la madurez de los mecanismos electorales y de la participación ciudadana al darle el triunfo a un candidato de la oposición. Sin embargo, su victoria fue opacada por los efectos de la crisis. En un principio se mostró renuente a aceptar las

²² Chung-in Moon & Jongryn Mo. "The Kim Young Sam Government : Its legacies and Prospects for governance in South Korea." En Chung In Moon & Jongryn Mo (Ed.) *Democratization and Globalization in Korea: Assessments and Prospects*. Seoul, Yonsei University Press, 1999. pp. 402-403

condiciones del Fondo Monetario Internacional. Empero, ya como Presidente, se inclinó por aceptar los términos impuestos y este primer paso le sirvió de asidero para impulsar sus propuestas económicas y políticas.

Como su antecesor, Kim Dae-jung, también hizo causa común con la globalización. Esta era la posición más adecuada para iniciar su administración en medio de la crisis. Esta situación impuso el imperativo de emprender una reforma de carácter neoliberal lo cual implicaba abandonar las prácticas del pasado e intentar la construcción de un sistema de economía de mercado basado en los principios democráticos y en la autonomía del sector privado. Su prestigio político aparecía como una garantía para acabar con los vicios políticos en especial, la alianza entre los chebol y la élite política.

Paralelamente a las necesidades de reforma económica impuestas por la crisis en la economía, en el campo de la política estaban pendientes varias tareas: el regionalismo, la institucionalización de un sistema de partidos, el combate a la corrupción, pero sobre todo, crear la conciencia sobre la necesidad de actuar acorde con los valores cívicos, si es que realmente se aspira a lograr la consolidación democrática.

Los esfuerzos por efectuar esta reconversión del modelo económico tropezaron con el peso de un sistema político autoritario que ha sido el mayor obstáculo para la conformación de una nueva manera de hacer política que permita dotar al Estado y al mercado de un auténtico carácter liberal. En consecuencia, las reformas planteadas por el gobierno de Kim para impulsar la competencia en el mercado, limitar la concentración económica, liberalizar el mercado financiero y la protección de los derechos laborales tuvieron un limitado avance; todo pareciera indicar que ha habido renuencia a aceptar la idea de avanzar hacia un sistema de 'libre mercado.'²³ Los avances logrados en el terreno de la economía durante este gobierno fueron muy limitados porque no logró el cambio estructural de los grandes conglomerados industriales.

En el ámbito político no fue capaz de concertar mecanismos de cooperación con las fuerzas opositoras, que hubieran permitido el éxito de las propuestas de reforma económica lo cual también redundó en detrimento de la reforma política porque una vez más volvieron a aflorar los criterios regionalistas que provocaron de nuevo los antagonismos atávicos. A todo lo anterior también deben agregarse los escándalos de corrupción en que se vieron envueltos políticos de alto rango.

Pero quizá la acusación más grave que le hayan hecho a Kim Dae-jung sus detractores sea el haberlo tachado de autoritario, lo cual entraña una ironía porque la figura que en 1997 prometió bruñir la democracia y comportarse de manera distinta a sus antecesores terminó siendo acusado de haber ejercido el poder con la misma mano dura del pasado. Todos estos hechos provocaron el desencanto de la población que había visto en él una figura providencial.

Ante este desencanto surgió una nueva figura política que ha sido vista con entusiasmo. Se trata de Roh Moo-hyun, el candidato triunfador en las elecciones del 2002, un político joven cuya personalidad y trayectoria lo proyectan como una figura distinta a los políticos sudcoreanos de la vieja escuela. Su presencia marca un cambio generacional en el estilo de hacer política, distinto del modelo jerárquico, personalista y autoritario que abre el camino para impulsar una mayor participación ciudadana.

²³ Lee Yeonho. "Limitations of Neoliberal Economic Reform." *Korea Focus*, vol. 9, no. 4, julio-agosto de 2001. pp. 78-94

Las propuestas de su programa de gobierno incluyen cuestiones relativas a la corrupción y reforma política; la continuación de la política de crecimiento económico buscando reducir el dominio ejercido por los chebol y evitar la alianza de intereses entre políticos y empresarios; establecimiento de la jornada laboral de cinco días y dar mayores incentivos de bienestar a los trabajadores, lo que también incluye un programa de trabajadores visitantes; la reubicación de la capital del país en Tejon para descongestionar a Seúl e impulsar el desarrollo general y establecer un trato más equilibrado entre las regiones.